



Queridos amigos:

Después de un mes de curso, vuelvo a dirigirme a vosotros para invitaros de nuevo a reflexionar a partir de la vida y de la fe.

En estos días nuestra tradición cristiana invitaba a todos a recordar a los difuntos, a enfrentarnos con la muerte y a preguntarnos por la vida. Es verdad que a veces puede más la simple comodidad (porque aún no conocemos la muerte de cerca) o nuevas tradiciones importadas. Muchos la tierra que pisan no es la de los cementerios, sino la de las playas. Otros, criticando de continuo a los americanos, se dejan envolver por la atracción yanqui de Halloven. Pero no me quiero detener en estos temas, sino en uno distinto: sobre el significado de dar a luz o de enterrar nuestra propia vida.

Nuestra vida es un continuo nacimiento. Viven en nosotros dimensiones que antes de que vean la luz parecían impensables. Parecería que éstas están escondidas esperando que vayamos a recogerlas al fondo de nuestro ser, esperando que iniciemos un viaje comprometido con nosotros mismos que nos lleve a conquistar el tesoro escondido que existe sólo en el futuro y aparece sólo a fuerza de excavar con fatiga contra nuestra pereza.

Uno descubre que puede dirigir un balón hacia donde quiere después de haberse cansado recogiendo donde se le escapó. Descubre que puede expresar sentimientos con un instrumento de música después de haberse aburrido mil horas para hacerlo sonar. Descubre que puede expresar una idea o un sentimiento después de haber escrito y roto mil papeles en los que le parecía no encontrar las palabras adecuadas para decir lo que quería. Descubre que se puede dominar un ordenador después de muchas horas en las que parecía que él se reía de ti y te dominaba. Descubre que puede amar y confiar en el amor después de luchar contra su tendencia a dominar o a pensar en él mismo por encima de todo.

Siempre es lo mismo. Damos a luz nuestro tesoro después de que hemos sufrido un fatigoso periodo de gestación que nos cuesta días, meses, e incluso años y también renunciaciones. Pero nadie está vacío de posibilidades y talentos.

Sin embargo, nuestra vida puede ser también un continuo enterramiento de posibilidades intuitivas, apenas apuntadas, que se dejan ver sólo si intuyen que las buscamos. Podemos darnos a luz a nosotros mismos o podemos enterrar lo mejor de nosotros mismos convirtiéndonos en clones que bailan al ritmo que tocan los listillos de nuestra sociedad, Podemos dejarnos engañar por la ley de la entropía, que dirían los físicos -vivir desde el mínimo gasto de energía-. Seguramente podremos vivir, pero quizá esto deba llamarse sólo *ir tirando*. Como zombis a los que han enterrado el alma y tienen una mirada idéntica, sin vitalidad, sin esperanzas, sin nada que hacer (¿te has fijado en que los zombis hacen todos lo mismo, que es no hacer nada o nada más que pulular o agredir?).

En estos años de universidad debes preguntarte sobre tu tesoro interior, sobre tus esperanzas, sobre tus esfuerzos. Dejar pasar el tiempo sin fatigarte, sin buscar tus talentos es el mejor camino para enterrarte tú mismo o vivir el futuro quizá con muchos recursos pero sin el aliento de quien sabe que su vida ha merecido la pena. Tienes tanto que descubrir. Tienes tanto con lo que enriquecerte y enriquecer el mundo...

Un saludo. Paco.